

DICIEMBRE

Hace unos años, en un barrio de Teruel llamado San Julián, vivía un niño con su familia. Eran pobres, pero estaban en casa de su abuelo. Al principio, vivían en la calle, pero su abuelo enfermó y se fueron con él. Meses más tarde, el abuelo falleció y entonces, se quedaron en la casa.

Andy, que es como se llamaba el niño, tenía trece años. Era el mediano de cinco hermanos. Él, era rubio, con los ojos marrón verdoso, era bastante alto y estaba bien, en forma. Andy era un chico bastante rebelde, pero en el fondo tenía un corazón muy bondadoso.

Su familia estaba compuesta por sus tres hermanas: Rebeca, la más mayor que tenía diecisiete; Sara la siguiente, quince; y Lucía, la más pequeña de todos, tenía dos años. El hermano que quedaba, Rodrigo, tenía diez años y era el segundo más pequeño. La madre, se llamaba Esther. Trabajaba de camarera en el bar de un primo lejano suyo. Su marido no estaba, pues les abandonó antes de que Lucía naciera, por eso se quedaron en la calle.

Andy, de vez en cuando, iba al centro de la ciudad a pedir algo de dinero. Cuando iba, solía ganar unos diez euros, casi todo eran céntimos. Un poco más de la mitad, lo guardaba para comprar comida para su familia, y el resto, se lo gastaba en algún que otro capricho para él.

Los días para Andy eran siempre iguales: despertarse a las siete de la mañana, ir al centro a pedir dinero hasta más o menos las diez y luego iba a cuidar de sus hermanos pequeños mientras sus hermanas y su madre iban al supermercado a comprar algo de comer.

Pasaron los meses y se acercaba Navidad y el cumpleaños de Andy. Todo el año había estado ahorrando para comprarse un móvil. Tenía doscientos euros en total.

Estaba lloviendo, pero a Andy le daba igual, pues estaba muy ilusionado con comprarse el móvil. Ya se acercaba a la tienda, cuando unos chavales de su edad, le rodearon para robarle el dinero. Él, se defendió y le pegó un puñetazo al primero que le intentó robar, pero eran tantos, que le empezaron a pegar todos hasta que le quitaron el dinero. Andy se

quedó tendido en el suelo. Una niña que estaba viéndolo, le intentó ayudar, pero Andy rechazó la ayuda.

Salió corriendo hacia la plaza del Tórico. Se quedó allí durante bastante rato llorando. La plaza estaba vacía porque llovía a cántaros. Pasó un buen rato y, mientras se lavaba la cara, una figura de una niña apareció por una calle. Era la niña de antes. Andy la reconoció al instante.

- ¿Qué haces aquí? - Le preguntó la niña.
- Nada - Le dijo Andy muy fríamente.
- ¿Vives en la calle? - Continuó la niña preguntando.
- No, pero soy pobre – Le respondió Andy mirando hacia abajo.
- Vaya... Uy, disculpa, no me he presentado. Me llamo Blanca, vivo por aquí. – Le dijo Blanca. Ella era un poco más bajita que Andy. Tenía los ojos azules y el pelo rubio clarito. - ¿Quieres venirte a mi casa a merendar algo? – Le ofreció.
- Vale, pero solo puedo quedarme un poco, mi familia me estará esperando. – Respondió Andy por fin sonriendo.

Se dirigieron hacia una calle que había cerca de la Iglesia de San Pedro.

Cuando llegaron a casa de Blanca, Andy le contó todo sobre su familia y porque eran pobres. Después de un rato, empezaron a merendar.

Se hicieron las nueve y Andy ya se iba. Antes de que se fuera, Blanca le dio dos bolsas con comida y algún juguete viejo para la familia de Andy.

- Pero, Blanca, no hace falta que me des todo esto. – Le dijo él devolviéndoselo.
- No, Andy, de verdad quédatelo. - Le dijo sonriendo ella.
- Bueno, lo que digas. Muchas gracias - Andy se marchó.

Cuando Andy volvió a casa, su madre y sus hermanos no estaban. Habían dejado una nota en la nevera. Esta decía:

Vamos a ir al bar del tío Edu a cenar. Llámale con el fijo al bar y ya nos dices si vas a venir.

Andy, llamo y dijo que no iba a ir al bar, pues no le apetecía cenar. Desde que había vuelto de casa de Blanca, se sentía raro. Tenía cosquilleos en la tripa. Se había enamorado.

A la mañana siguiente, ya era veinticinco de diciembre y también el cumpleaños de Andy. Sus hermanas y su madre le despertaron cantándole cumpleaños feliz mientras su hermano Rodrigo, le llevaba un regalo a la cama. Dentro del regalo, había un móvil, justamente el que quería.

- Pero, mamá, ¿has gastado el dinero que teníamos ahorrado para la comida de Navidad? – Preguntó Andy un poco preocupado.
- Si, pero no pasa nada porque el tío Edu nos invita a su casa con los primos. – Dijo su madre con una gran sonrisa.

Andy encendió el móvil y, lo primero que hizo, fue apuntarse el número de su amiga Blanca. La llamó y le dijo que ya tenía móvil. Se pegaron mucho rato hablando. Todos los días se llamaban y se contaban todo. Eran como mejores amigos.

Pasaron varios meses y se seguían llamando.

- ¿Qué tal hoy Andy? – Le preguntó Blanca.
- Muy bien, ¿y tú? – Preguntó Andy.
- Bueno, hoy he vuelto a empezar las clases. ¿Tú has ido alguna vez al instituto? – Dijo ella curiosa, pues la familia de Andy no tenía suficiente dinero como para pagar cinco escuelas.
- Fui solo al colegio, pues cuando mi padre se marchó y no nos dejó nada, no puede seguir estudiando. Mi hermana Rebeca, como es la que más años estuvo estudiando, nos enseña algo de vez en cuando. - Contestó él un poco triste.
- Vaya. Bueno no te pierdes nada bueno jajaja. – Dijo Blanca chistosa.

Siguieron hablando más rato. Cuando colgaron, la madre de Andy llegó a casa con el novio que tenía desde ya hace dos meses. Se llamaba Alejandro y se conocían desde hace ya mucho. Esther, la madre, los reunió a todos en el comedor y les dijo que se iban a mudar a Zaragoza, pues llevarían una vida mejor, dejando a un lado la pobreza. Andy se enfadó y salió corriendo. Se paró en la escalinata, llamó llorando a Blanca y le dijo si podía ir con él. Blanca llegó muy rápido.

- ¿Qué te pasa? - Le preguntó preocupada.
- Me voy a mudar a Zaragoza. – Respondió Andy sin casi poder hablar.

Blanca se quedó paralizada, pues a ella también le gustaba. Ella decidió abrazarle para calmarle. Se quedaron un rato abrazados.

- Lo siento Andy, pero me tengo que ir ya. - Blanca se levantó y le dio un beso en la frente. - Te extrañaré mucho Andy. – Terminó de decir Blanca cuando se fue.
- Yo también, Blanca. – Dijo Andy con una gran sonrisa.

Ninguno de los dos dijo lo que de verdad sentían. Andy volvió a su casa. Cuando llegó, su hermanita pequeña le abrazó fuerte.

Una semana después, Andy y su familia emprendieron el viaje hacia Zaragoza. Él no dejaba de pensarle. Se siguieron hablando, pero ahora lo hacían por wasap, y cada vez menos.

Pasaron los años, la economía de la familia era buena. Andy ya había cumplido los dieciocho años y le regalaron un coche. Después de sacarse el carnet, le preguntó a su madre si podía ir a vivir a Teruel. Al principio le dijo que no, pero él le reprochó que Rebeca ya se había ido a vivir sola y que Sara también. Al final, su madre le dio las llaves de casa de su abuelo y también dinero. Andy cogió el coche y se dirigió a Teruel. Cuando llegó, estaba lloviendo a cántaros. Aparcó el coche en la puerta de casa de su abuelo y se subió al centro para ir a casa de Blanca y decirle lo que sentía, pues aun que hubieran pasado los años, seguía amándola. Antes de que llegara a su casa, se la cruzó en la plaza del Tórico. Cuando se vieron, se dirigieron uno al otro corriendo y, entre la lluvia, en mitad de la plaza del Tórico, se besaron.

- Te quiero. – Le dijo Andy mientras la abrazaba.
- Y yo a ti. – Contestó Blanca, y continuaron besándose.

Y ese día lluvioso, no era un día cualquier, pues era 24 de diciembre, el mismo día en el que se conocieron.